

Un madero en el naufragio de la época: los *Poemas de la otra orilla* de Víctor H. Escandell. Salta: Fondo Editorial de la Secretaría de Cultura de la Provincia de Salta.¹

Por Elisa Moyano

Doblemente conmovida leí el libro que hoy publica la Secretaría de Cultura. Conmovida, por el merecido reconocimiento que esta repartición ha realizado y también porque a través de su fina hechura (tapas, solapas, poemas) uno puede tomar conciencia de la inaudicable apuesta por la poesía que Víctor Hugo Escandell ha realizado desde mediados de los '70 hasta nuestros días.

Pero más allá de su trayectoria poética (me refiero a sus publicaciones y premios), son sus profundos textos los que me confirman la doble identificación de sus poemas con los de dos épocas: los sesenta y los ochenta. Esta afirmación está dicha en abierta polémica con el magnífico "Prólogo" de Teresa Leonardi Herrán.

Digo esto, porque Scandell (como los poetas de la generación del '60) ha marcado su lugar de enunciación. El sujeto habla desde el lugar de hijo de un hombre de profesión no jerarquizada en la escala social, recordemos el padre mecánico de Miguel Ángel Pérez o el de oficio carpintero de Walter Adet. Se trata en este caso, al igual que en el de Manuel J. Castilla, de un padre ferroviario. Cito el poema en que ese sujeto dice:

"En qué lugar de la nada / abandoné mi sol, la estrella / apagada en noches soledosas. Acaso en mi vieja estación / donde niño solía caminar / de la mano de mi padre / buscando los trenes / que partían hacia el sur." (69)

Dirigiéndose a la estación enuncia; *"En tu silencio / que cavan las uñas del olvido / se durmió mi infancia / entre los brazos cansados /de mi padre ferroviario."* (108)

Y desde ese lugar deja traslucir su posición acerca de la poesía. Cercanos a la literatura comprometida, sus poemas son armas, las únicas que tiene para luchar a favor de los desheredados de la tierra, aquellos que han quedado al margen por la inclemencia del dolor: los mendigos, los suicidas, las prostitutas, las mujeres violadas, las niñas asesinadas, las víctimas de la guerra o del terrorismo de estado. Por momentos, sin embargo, el poema parece impotente para abrigar al desamparado: *"Qué pena, poema, / que no puedas tejer / el abrigo del mendigo..."* Entonces aparece el gran antagonista: *"Qué pena tu batalla estrellada / contra muros poderosos..."* (45) Se trata de Creso, el rey que el

¹ Este texto fue leído en la presentación del libro en la Casa de la Cultura de Salta en octubre de 2014

sujeto toma como la viva personificación del capitalismo, a quien se dirige en uno de los poemas y a quien culpa de tanto dolor.

Pero más allá de esta explícita referencia a situaciones de opresión, como varios de los poetas de los '80 en adelante, los poemas rinden homenaje a otros poetas y textos. Aparece la "mendiga luz" de Mercedes Saravia (42). Y en uno habitado por el mismo desdoblamiento que hacía decir a esta poeta "quiero irme pero de mí", dice "cansado de buscarme" (119). Están citadas "las nanas de la cebolla" (113) de Miguel Hernández y "las venas abiertas" (105) de Galeano. Los "heraldos" negros" de Vallejos aparecen varias veces (29, 60), también la ronda de los pañuelos blancos inmortalizada por Jesús Ramón Vera (59, 115). Varias son también las referencias a Pedro Orillas, personaje de la poesía de Carlos Hugo Aparicio (52, 60, 115); la presencia del perro asociado a veces con la ausencia (21, 27, 44, 102, 108, 116, 133) y la del ciprés nos rememora los poemas "Despedida" y "Canción" de Jacobo Regen. La de las guerras y del terrorismo de estado a la poesía de Kuky.

Las canciones y los intérpretes de la música popular también encuentran un lugar en los poemas: Malena (34, 136), el polaco (35), "todavía cantamos" de Víctor Heredia o "como la cigarra" (50) de María Elena Walsh, inmortalizado por Gieco y Mercedes Sosa, citas todas que nos hace pensar que los poemas de Víctor Hugo Escadell son un lugar habitado por la esperanza.

Y en este posicionarse como hombre de dos generaciones del campo literario salteño, digamos algo sobre los textos breves, los haikus y las coplas, y también algo sobre otros que tienen un desarrollo mayor y hasta una andadura narrativa. En todos los casos sorprende la riqueza metafórica que convierte, por ejemplo, al idealista en un pájaro herido.

La ceniza (lo que queda del fuego o de la materia viva) atraviesa el poemario como metáfora de la extinción; los naufragios, como hundimientos que la lengua toma como metáforas del derrumbe, van obrando de manera sorprendente como mostración de que los sujetos que estuvieron vivos, operativos o encendidos por algún entusiasmo, hoy se encuentran separados de la vida, del quehacer y la pasión. Se trata de una estética de la pérdida que, sin embargo, enaltece aquello que el capitalismo salvaje y la sociedad de consumo han aplastado: los valores, los ideales, la posibilidad de un mundo mejor. Y hasta varias de las virtudes teologales, como la fe: "*Buscaré a Jesús / para no desandar solo / en el país de las tinieblas*" (55) o la esperanza "*Nace un niño. / En la rosa, trina / la esperanza*" (31) hacen su aparición en los poemas.

Gracias, Víctor Hugo, por tirar un madero en el naufragio de la época.